

## Miércoles XI del TO Ciclo B



19 de junio de 2024

2Re 2, 1.6-14

Sal 30

Mt 6, 1-6.16-18

P. Eduardo Suanzes, msps

Si Jesús advertía a sus oyentes que su justicia debía de ser superior a la de los letrados y fariseos (5,20), ahora profundiza aún más: debe ser superior no solo en el aspecto cuantitativo o del cumplimiento de la ley, ni solo en la radicalidad de la observancia, sino que debe ser superior cualitativamente, en su dimensión interna, en la intención y la actitud básica.

«*Tengan cuidado...*». Jesús nos advierte de un peligro, y el peligro es privarnos de la comunicación con Dios de la intimidad con Él. Esta comunicación no se da cuando las obras de piedad se practican para ganar prestigio, honor y ser bien considerados, en una palabra, cuando se hacen para la satisfacción de yo egoico. Las obras de piedad de que Jesús habla a continuación son la limosna, la oración y el ayuno; el aviso está en no ser hipócritas a la hora de realizarlas<sup>1</sup>.

«*Hipócrita*», significa, literalmente, «actor» e «*hipocresía*» es la actuación, el acto teatral; así, transferido al ámbito de la ética, se refiere al que finge ejecutando una acción que no corresponde a su actitud interior. La limosna practicada para obtener buena fama entre los hombres obtiene un premio humano, la fama misma. El que tiene esta actitud interior en realidad se está dando limosna a sí mismo, lo que significa que su yo egoico inconscientemente se siente pobre y necesita alimentarse de esa acción para sobrevivir. La limosna no debe tener publicidad alguna, sino quedar «*en lo escondido*», en la esfera del Padre. Su recompensa es la comunicación personal del Padre. Excluye Jesús todo interés torcido en la ayuda al prójimo, según corresponde a «*los limpios de corazón*». Su premio será la experiencia de Dios en la propia vida: «*ellos verán a Dios*»

Segunda obra de piedad, la oración. La oración de los «hipócritas» pretendía también exhibir ante los hombres su piedad personal, con la misma finalidad que la limosna pública. Tal oración es inútil, pues no obtiene la comunicación divina («*ya han recibido su recompensa*»). Esa oración se realiza en lo más profundo del hombre, donde no llega la mirada de los demás. «*Tu cuarto*», el más retirado de la casa, y «*tu puerta*» («*echa la llave a tu puerta*») son metáforas para designar lo profundo de la interioridad. «*El Padre que está en lo escondido*» está en paralelo con «*su Padre celestial*» (6,1). «El cielo» designa, pues, la esfera divina indicando su trascendencia e invisibilidad; «*lo escondido*» subraya solamente su invisibilidad. La oración que se hace en lo profundo obtiene el contacto con el Padre. La palabrería en la oración indica falta de fe. El hecho de que el Padre sepa lo que necesita el que ora, muestra que la oración dispone al hombre para recibir los dones que Dios quiere

---

<sup>1</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

concederle. En fin, que en lo que Jesús aquí nos pone en alerta es en la autoexhibición religiosa para alentarnos a orar correctamente.

Tercera obra de piedad farisea: el ayuno. Como en las dos obras anteriores opone aquí Jesús el ayuno sincero a la conducta de los hipócritas, que con su aspecto descuidado dan a entender que están ayunando, con objeto de ser admirados por los hombres. El ayuno ha de hacerse en secreto, sirve para expresar ante el Padre una actitud íntima. Por ser privación de alimento, fuente de vida, es símbolo de solidaridad con el dolor de la muerte y expresa su tristeza. Esta tiene que ser interior, no afectada como la de «*los hipócritas*».

Pero Jesús, además, pretende enseñar algo sumamente importante en esta propuesta del Reino que él está proclamando en este sermón de la montaña. Y es la proximidad de Dios con el ser humano, la intimidad con el Padre jamás antes soñada por el israelita.

Y es que para el judío Dios está alejado del hombre. Un detalle de esta vivencia de alejamiento de Dios es la prohibición de pronunciar el nombre de Yahvé, creciente desde la época del postexilio en Babilonia y muy vigente en tiempos de Jesús. El nombre de Dios es sustituido por «el Señor», «la Potencia», «el Altísimo», «los cielos», etc. No hay lugar para familiaridades con Dios, porque Dios está muy lejos, muy apartado, muy por encima del hombre. Y muy airado. Tan airado que ha abandonado a los «injustos», les ha retirado su rostro, y de ahí devienen todas las calamidades que le toca padecer al hombre: la enfermedad, la pobreza, la marginación, las calamidades, que son fruto de su «pecado». Esta visión mítica de Dios como entidad separada del hombre predomina en tiempos de Jesús.

Sin embargo, la experiencia vital de Jesús (que él nos intenta comunicar) indica conexión y sentido de unicidad con Dios. Dios no es alguien alejado, que ha apartado su rostro o su ser (que se ha ido) del hombre, sino que siempre ha estado en él, porque el hombre fluye de su ser y es su imagen exacta. La habitual expresión «Padre» en labios de Jesús expresa todo ello. Porque «*Abbá*» implica proximidad y solicitud.

El Padre del que habla Jesús no es un Dios distante ***sino alguien que configura la intimidad del ser humano***. Que eso lo podemos descubrir cuando dice: «*Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu cuarto, echa la llave a tu puerta y rézale a tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve lo escondido, te recompensará*» Este dicho, y su similar sobre la limosna, expresa, sin embargo, esa idea central de Jesús sobre la proximidad de Dios. «*Tu cuarto*» (puede ser «despensa», ya que entonces no existían «habitaciones» en sentido actual) y «*tu puerta*» pueden ser metáforas para expresar la intimidad de la persona. ***Dios habita en esa intimidad. Dios «es» esa intimidad que define el ser del hombre***. En esa intimidad espiritual el hombre es «imagen exacta» de Dios, no en su apariencia o forma humana-material. No hace falta ir al Templo o a la sinagoga para estar- sentir-experienciar a Dios<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Así lo recoge Pablo en 1 Cor 6:19 «*¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en ustedes y han recibido de Dios, y que no se pertenecen?*», y los Hechos de los apóstoles cuando ponen en boca de Pablo: «*En él (Dios) somos, nos movemos y existimos*»: Hch 17:28).